

El Pasado Incorregible

por OSCAR BRANDO
«El País», de Uruguay, GDA.

VARIAS generaciones de escritores españoles quedaron selladas por la Guerra Civil. Antonio Muñoz Molina (1956), que nació dos décadas después y comenzó a publicar en los ochenta, aún cargó con ese peso histórico: el de tres años de guerra y casi cuarenta de franquismo. Su novela mayor, *El jinete polaco* (1991), si bien recorre un período de cien años, mantiene el epicentro en el trienio 1936-1939; nada escapa, ni el pasado ni el futuro, a ese acontecimiento.

A quince años de su primera novela, *Beatas* (1986), y luego de numerosas y rotundas demostraciones de talento en este género, Muñoz Molina reúne en *Sefarad* diecisiete cuentos largos. «Una novela de novelas» se subtitula capciosamente el volumen, creando una incertidumbre que es posible develar.

Los seguidores de Muñoz Molina pueden encontrar en estos relatos algunas de las notas más sobresalientes de las obras anteriores. Muñoz tiene una singular sensibilidad para retratar personajes provincianos que afianzan un mundo que cambia, refugiados en recuerdos de la infancia pobre y pueblerina. El primer cuento, «Sacrificios», es la burla amarga de ese proceso, empujado en barrer las huellas de una España atravesada y sórdida. Con un refinado enfoque costumbrista señala el lastre que aún se conserva de ese pasado incorregible. Los relatos «Valdemoro» y «Olympia» son otros ejemplos notables de esa forma de aproximar el ojo a historias minúsculas. La aventura puede ser simple, trivial o tomar la apariencia del relato policial: novelas como *El duende del secreto* (1994) y *Pielcarnio* (1997) servirían de ejemplo para cada caso. Pero debajo de ellas hay un universo denso, un volumen temático con el que esa superficie se comunica y que da sentido al argumento. El cuento «América», en *Sefarad*, oculta bajo una intriga impecable, que parece puro artificio, la tentación y los peligros de lo prohibido.

Pero sin duda la intención que justifica esta «novela de novelas» es otra y el título al conjunto, que es el de uno de los cuentos, la anuncia. El escritor muestra que más allá de las fronteras del conflicto en España, otros horrores nacían y crecían en Europa y que la guerra interior era apenas una prueba, una colaboración con el cúmulo de impiedades que asolaban el continente. Las persecuciones y la intolerancia son los grandes típicos de estos relatos. Para fabularlos Muñoz Molina acudió, como confiesa en una nota final, a numerosos libros que testimonian casos reales; reitera, en distintos cuentos, historias del exterminio hecho por los nazis, de las persecuciones organizadas por la Unión Soviética y hasta se aproxima a los horrores del Río de la Plata.

Muñoz Molina presta especial atención a «los elegidos» por antonomasia: los judíos. En el ya citado «Sacrificios», que abre el libro hay, apenas, una disimulada mención al tema judío. Pero a partir del segundo relato será éste el que predomine como paradigma dehumanizador. La espera se cierra aterrorizadora sobre los perseguidos: «Vendrán por ti, pero no sabes cuándo», se lee en el cuento «Quien espera». Alguien elige que el otro muera; éste espera la muerte, pero si no llega, se pregunta por qué, quién ocupó su lugar, a quién sobrevivió. Nunca hay paz, porque cada uno son todos los inocentes. En el magistral cuento «Eres», Kafka es Milena que es Primo Levi que es Walter Benjamin que es Jean Améry que es... La víctima es una; por eso la responsabilidad es el nudo principal en este tema.

El caso de Primo Levi, que aparece numerosas veces en estos cuentos, resulta un ejemplo tan iluminador como sombrío. Las preguntas se reiteran: por qué este hombre pacífico, estadístico, sensible, que disfrutó austeramente de unos pocos privilegios, decide un día de 1943 incorporarse a la resistencia antifascista armado de un pequeño revólver que duda que funcione y que igual no habría utilizar. Por qué cuando es detenido se reconoce judío, aunque



puede ver trenes detenidos en vías muertas. Nunca más el viaje será ilusorio.

Cada historia contiene otra y ésta, a su vez, una tercera hasta el infinito. No son iguales, no son reproducciones fractales: se agrega un matiz o se quita un detalle a la anterior; se subrayan los perfiles cortantes, agudos, siempre dolorosos que dibujan la geografía del terror. En *El jinete polaco*, Muñoz Molina mostraba que la cadena de historias era, más que una línea, una serie de inclusiones, de repeticiones en abismo. Los cuentos de *Sefarad* retoman esa refundición del pasado en el presente: «Qué raro vivir en los lugares que fueron de los muertos», se lee en «Münchberg». «A quién suplanto yo en la vida, qué destino fue cancelado para que el mío se cumpliera, por qué fui yo elegido y no otro».

Entre los movimientos narrativos queda apresado el lector. Hay artificios secretos en Muñoz Molina que favorecen este efecto. Los dos primeros párrafos del cuento «Copenhague» logran pendular desde la impersonalidad narrativa hasta la intimidad del «yo» narrador, con instancias intermedias que colectivizan el relato en nosotros o generalizan las apreciaciones usando el muy singular «tú» para narrar: «Se viaja solo en un tren o caminas por una calle de una ciudad en la que nadie te conoce no eres nadie: nadie puede averiguar tu angustia...». El «tú» experimental, al que se recurre en varios cuentos, simula un diálogo entre el narrador y el personaje, pero al mismo tiempo envuelve al lector: éste se siente interpelado por el «tú», se pone en el lugar del personaje y entra en comunicación con el propio narrador. El juego de distancias y aproximaciones inquieta, obliga a reflexionar, pero al mismo tiempo somete emocionalmente al lector, lo sacude de su actitud contemplativa, haciendo su responsabilidad; lo acusa poniéndolo en la situación de víctima o de verdugo.

El otro compromiso se establece cuando el lector imprime al texto la respiración, el ritmo mismo de la prosa, mientras lee para adentro. La puntuación de Muñoz Molina, sin llegar a los extremos de Saramago, no es dogmática. La prosa hipotética, cautiva, cuando el lector logra someterla y someterse a un moroso recorrido de lectura.

Hay muchos juegos más a los que recurre Muñoz Molina para construir sus relatos. No siempre detrás de un cuento hay un testimonio, una historia real: a veces hay la cita de otro texto. El maniquero «Tan callando» inspira un cuento. Un juego más complejo resulta «Oh tú que le sabías». La cita de Baudelaire (parte del último verso del soneto «A una mujer que pasa») que alude al amor imposible, inalcanzable, se continúa en otro poema de José Emilio Pacheco que usó como título la primera parte del mismo verso: «O tú que j'essay aimé» (Oh tú que yo hubiera amado). Ambos poemas irrumpen en la historia del judío inválido que vive la fugaz ilusión del amor en otro viaje de tren. Todo es un esbozo inútil para corregir

El Pasado incorregible [artículo] Oscar Brando.

Libros y documentos

AUTORÍA

Brando, Oscar

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Pasado incorregible [artículo] Oscar Brando.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile